

del oro; y trabajo cuesta creer que no hubo artificio que no se empleara para arrebatarlo á los extranjeros (86).

Cuando escaseó el dinero la asignación de los magistrados y sueldo del ejército fueron determinados en especie (87), valiéndose de los tributos

(86) Cod. Justin., IV. *De comm. et mercet*, lib. 2. *Solum barbaris aurum minime præbeatur, sed etiam, si apud eos inventum fuerit, subtili auferatur ingenio.*

(87) Véase como fija Valeriano la asignación de Aureliano, tribuno de las legiones, escribiendo á Sejonio Albiano, prefecto de la ciudad (*Hist. Augus.*): *Sinceritas tua supradicto viro efficiet, quamdiu Roma fuerit, panes militares mundos sexdecim, panes militares castrenses quadraginta, olei sextarium unum, et item olei secundi sextarium unum, porcellum dimidium, gallinaceos duos, porcina pondo triginta, bubule pondo quadraginta, liquaminis sextarium, salis*

que tambien en especie pagaban las provincias; y como no se podia disminuir sin peligro el sueldo de las legiones, que se habia aumentado considerablemente, se recurrió á auxiliares bárbaros, que se contentaban con pan, tocino, vino, aceite y poco dinero.

De consiguiente no bastaba que un sistema rentístico ominoso arruinara la industria y la agricultura, se necesitaba además que abriera el país á los bárbaros cuya dominación debia sufrir muy en breve.

sextarium unum, herbarum, olerum quantum satis est. Y á Probo: In salario diurno bubule pondo, porcina pondo sex, caprina pondo decem, gallinaceum per biduum, vini veteris diurnos sextarios decem, cum larido bubalino, salis, olerum, lignorum, quantum satis est.

CAPÍTULO VI

HIJOS DE CONSTANTINO.—SAN ATANASIO.

Constantino habia repartido el imperio entre sus tres hijos y dos de sus sobrinos (pág. 365). Pero cualquiera que fuese el pretexto y el móvil de esta distribución, ni el pueblo, ni los soldados quisieron reconocer por soberanos más que á sus hijos: se amotinaron y dieron muerte á Dalmacio y á Anibalio, con otros cinco sobrinos y á dos hermanos del emperador difunto, el patricio Optato, su cuñado, y el prefecto Ablavio, encargado de la tutela de los príncipes menores. Costancio, Galo y Juliano, hijos de Julio, solo se libertaron de aquella matanza que fué imputada á Constancio II, pero ¿á qué habia de desembarazarse de parientes más lejanos perdonando á sus dos hermanos, con quienes debia dividir el trono?

Imperio dividido.—Estos príncipes se repartieron, pues, el imperio: Constancio II, tuvo el Asia, Egipto, la Tracia, y por capital á Constantinopla: Constante, la Italia, la Siria Occidental y el Africa: Constantino II las Galias, la España y la Bretaña: apenas tenia entonces el primero veinte y un años, el segundo veinte, y el más jóven diez y siete.

Guerra en Persia, 310-380.—Ormuz II, hijo de aquel Narses, que habia sido vencido por Galerio (pág. 229), muriendo sin hijos, dejó la Persia como presa de la ambición de los príncipes Sasánidas; pero los magos declararon que la reina viuda estaba en cinta, y la regia banda fué ceñida á su vientre. Rey Sapor II, antes de que naciera, fué educado en el harem sin caer en la molición, y apenas llegado á la edad viril rechazó á los árabes que habian inquietado su infancia. Pero tenia empeño en vengar las derrotas sufridas por sus padres lidiando contra los romanos y en quitarles cinco provincias más allá del Tigris. El peso de los impuestos, los abusos de los magistrados, el cambio de capital y de religión, doble ofensa á la nacionalidad, habian producido muchos descontentos en el imperio, quie-

nes levantaron la cabeza tan luego como no pesó sobre ellos la robusta mano que les oprimia; y sus sublevaciones facilitaron á Sapor la ocupación de muchas plazas fuertes en la Mesopotamia

Constancio habia corrido al ejército para restablecer la disciplina, relajada en las turbulencias precedentes; pero aun cuando habia aprendido á las órdenes de su padre el oficio de las armas, sabia poco de mando, y no alcanzó ninguna señalada victoria. Sostuvo durante su vida la guerra con la Persia, empleando en ella auxiliares godos y veloces árabes, cuyos compatriotas militaban en las filas enemigas.

Nueve batallas regulares no proporcionaron ninguna ventaja á los romanos: en la de Singara habian tomado el campamento atrincherado, donde hicieron prisionero al hijo del rey, que fué puesto en el tormento y condenado á muerte (348). Pero habian avanzado tanto los soldados contra la orden espesa de Constancio, que Sapor volvió á la carga, y los derrotó haciendo una horrible carnicería.

Ya habia asediado este príncipe dos veces á Nisibe, y la tenaz resistencia de los habitantes le habia obligado á emprender la retirada. Entonces se adelantó de nuevo contra ella al frente de las fuerzas reunidas de la Persia y de la India (350). Habiendo hecho afluir entorno las aguas del Migdonio, pudo atacar á los sitiados con una escuadra; lanzando, pues, violentamente sus naves contra las murallas, abrió una brecha é inundó la ciudad. Indomables los de Nisibe por amor á la patria, y por la creencia en que estaban de que Santiago de Edesa, su obispo, les secundaba con milagros, repelieron caballos y elefantes, matando á veinte mil sitiadores. Sapor hubo de renunciar otra vez á apoderarse de aquella ciudad heróica, con doble razon porque los masagetas talaban las provincias

orientales de su reino, lo cual le obligó a correr desde las riberas del Tigris á las del Oxo.

Guerra civil.—Era la ocasion más propicia de invadir la Persia y de abatir su orgullo; pero se lo estorbaron á Constancio discordias intestinas, obligándole á conceder el armisticio que se le pedia.

Muerte de Constantino.—No se hallaban contentos los hijos de Constantino de la parte que les habia tocado de su herencia. Constantino quiso que su hermano le cediera la Mauritania, y para decidirle á ello invadió la Italia; pero arrastrado por la fogosidad de su carácter cayó en una emboscada y fué muerto (9 de abril de 340). Constante ocupó los Estados del vencido, sin llamar á Constancio á tomar su parte: aunque su debilidad y sus costumbres desarregladas le enagenaban el afecto de sus súbditos, persiguió á los amigos de su difunto hermano, y escandalizó al pueblo con la afición que manifestaba á los mancebos esclavos de Germania.

Muerte de Constante II.—Alentado por esta disposición de los ánimos Flavio Magnencio, soldado bárbaro, concibió el audaz pensamiento de dar realce al nombre romano; y auxiliado por el valor de los jovianos y de los herculeos, (pág. 230) á quienes mandaba, y socorrido por el oro de Marcelino, conde de las liberalidades sagradas, hizo que le proclamaran emperador en Autun (27 de febrero de 350). Constante, que se hallaba de caza en aquel momento, se puso en fuga, si bien fué alcanzado y muerto. Todo el Occidente se declaró entonces por Magnencio. Pero Vetranion, antiguo general de las legiones de la Iliria, tan inculco débil y tan sabia escribir siquiera, lo cual no le impedía tener un carácter probo é independiente, se dejó proclamar agosto por sus soldados, y coronar por Constantina, hermana de los emperadores y viuda de Anibaliano. También se revistió la púrpura en Roma Popilio Nepociano, sobrino de Constantino, habiendo armado una tropa de esclavos y gladiadores; pero al cabo de veinte y ocho dias fué degollado por los enviados de Magnencio, quien ejerció su crueldad contra sus adversarios, y su avaricia sobre el pueblo, esquilmandolo para mantenerse adictas las tropas.

Estos acontecimientos llamaron á Constancio desde las orillas del Tigris; se encaminó á Europa, y, sordo á las proposiciones de ambos usurpadores, les declaró enemistad y guerra. Supo diestramente inducir á una entrevista al irresoluto Vetranion, y viendo este que, vencidos todos sus oficiales por la elocuencia ó más bien por el oro de Contancio, se pasaban á sus filas, se arrojó él mismo á sus plantas, y obtuvo permiso para retirarse á Prusia, donde vivió desterrado, leal y tranquilo. Cuando supo posteriormente las dificultades en que Constancio se hallaba envuelto, le escribió de este modo: «Has errado en no decidirte también á saborear la felicidad del retiro que has sabido proporcionarme.»

Magnencio, dotado de un carácter más deci-

dido, mandaba un ejército formidable, compuesto de galos, de españoles, de francos, de sajones, y de las mejores tropas de las provincias. Por largo tiempo estuvieron observándose los dos adversarios; por último se dieron una batalla en Mursa (*Essek*) junto al Drave, y Constancio, que acreditó la piedad de un cristiano unida al valor de un héroe, alcanzó la victoria, si bien fué tan sangrienta, que se contó entre el número de los mayores reverses del imperio. Magnencio se retiró á Aquilea, donde le permitieron fortificarse el invierno y la lentitud del enemigo. Sublevándose en tanto por todas partes los italianos en favor del hijo de Constantino, hubo de huir nuevamente el usurpador más allá de los Alpes. Firme Constancio en no admitir ningun acomodo con Magnencio, al mismo tiempo que otorgaba su perdón á todos los demás, sometió el Africa y la España, por último las Galias, donde se levantaron gritos de muerte contra Magnencio, quien acabó por suicidarse en Lion (353).

Entonces empezaron las persecuciones contra los amigos y fautores del rebelde rivalizando los soldados amigos en celo con cierto juez llamado Pablo, á quien su habilidad para encadenar las acusaciones valió el sobrenombre de Catena (*cadena*); se estirparon las últimas raíces de la rebelion, sin que Constancio se ocupara en suavizar su ferocidad.

Monarquía de Constancio II.—Hallóse, pues, reunido el imperio otra vez bajo la autoridad de uno solo, quien tomó los nombres de eterno y de soberano del universo. Sin embargo débil y tan incapaz de hacer el bien como de impedir el mal, se dejaba rodear de eunucos, que habian llegado á ser árbitros del nuevo imperio, como los pretorianos lo habian sido del antiguo. Dirigiendo á su antojo la voluntad de Constancio elevaban sus hechuras á los primeros puestos, acumulaban tesoros y estorbaban que llegaran las quejas á oídos del monarca, engañado por relaciones falsas acerca de la prosperidad general y de los aplausos de la muchedumbre.

Ya hemos dicho como se habian libertado de la matanza de la familia imperial dos jóvenes príncipes Galo y Juliano, el primero de edad de doce años y el segundo de seis. Fueron educados en la Jonia y en la Bitinia, después en la ciudadela de Macela, cerca de Cesarea, antiguo palacio de los reyes-sacerdotes de la Capadocia. Mantenfales completamente separados de los negocios el recelo del emperador, y carecian de poder como de riquezas; pero cuando se dirigió á Occidente para lidiar contra los usurpadores, confirió á Galo el título de César, dándole la mano de Constantina, y le dejó en Antioquia encargado de la administracion de las cinco diócesis del Oriente. Pasando de súbito Galo de una cárcel al trono era totalmente ageno á la política, y no tenia más aptitud que voluntad para aplicarse á ella. Violento, irritado por los padecimientos, descortés, receloso, alentado hácia el mal

por su esposa, de cruélísimo carácter, llenó á Antioquia de terror y de muertes, ora con declaradas violencias, ora con incuas persecuciones judiciales.

En virtud de las quejas dirigidas á Constancio y viendo que era para él un lugar-teniente sin utilidad ninguna, y podia convertirse en un rival peligroso, pensó en hacerle arrostrar las arriesgadas eventualidades de una guerra germánica. Se envió, pues, á Domiciano, prefecto de Oriente, y á Moncio, cuestor del palacio, á fin de determinarle voluntariamente á aquella empresa; pero le agriaron por el contrario hasta tal punto, que escitó una sublevacion popular, los hizo arrastrar encadenados por las calles de Antioquia y arrojar después al Oronte.

Constancio, que no estaba preparado para la guerra, disimuló su ira, disminuyendo, no obstante, sucesivamente las tropas de Galo; luego le invitó con un pensamiento siniestro á dirigirse á la corte imperial de Milan. Galo atravesó el Oriente con una fastuosa comitiva; pero apenas se halló fuera de los lugares donde se podia temer un levantamiento en favor suyo, fué detenido y encarcelado en Pola de Istria (354). Después de haber recibido el eunuco Eusebio, enemigo suyo y encargado de formarle el proceso, la declaracion de los crímenes cometidos en el curso de su administracion, así como de su tentativa de rebelion, le condenó á muerte.

Juliano, tratado como príncipe por su hermano, fué envuelto en su desgracia y conducido á Milan, donde aguardó por espacio de siete meses la suerte que veia tocar un dia y otro á cuantos habian tomado partido por Galo. Supo, no obstante, librarse del peligro á fuerza de disimulo; y enviado á Atenas á un honroso destierro, adoptó allí el traje y el método de vida de los filósofos á cuyos estudios se dedicaba hacia largo tiempo. Entre tanto Eusebia, mujer de Constancio, que le habia salvado del peligro que le amenazaba, se empleaba activamente en su obsequio; y en esas mil coyunturas que se presentan á toda mujer, ó que prepara hábilmente, procuraba restablecer el valimiento del joven Juliano con su esposo, manifestando que las suaves virtudes de su protegido se acomoban perfectamente al segundo puesto. Constancio temia por todas partes conspiraciones, y la multitud de aquellos á quienes sacrificaba á sus terrores, lejos de apaciguarlos, les daba todavia mayor consistencia. Al mismo tiempo muchas naciones bárbaras invadian la Galia; no habia contenido á los sármatas la barrera del Danubio; se habian adelantado los isaurios hasta Seleucia, á la cual ponian asedio; después de espirar la tregua volvía á esgrimir las armas el rey de Persia. Viendo entonces Constancio la imposibilidad de hacer frente por sí solo á la tormenta, concedió el título de César á Juliano, á quien casó con su hermana Elena (355), dándole el gobierno de los países situados más allá de los Alpes. Los soldados, cuya aprobacion

era ya suficiente, la dieron en Milan, golpeando con la rodilla sus escudos, llenos de esperanza en las virtudes del joven príncipe, que cumplia á la sazón veinte y cinco años.

Impúsole por escrito el desconfiado emperador la regla de su conducta, fijando hasta el gasto de su mesa, cual hubiera podido hacerlo con un pupilo. No le fué permitido hacer las liberalidades de costumbre á los soldados y no las hizo tampoco el mismo. No contento con esto le rodeó de servidores y de cortesanos que, destinados en apariencia á obedecerle, coartaban la libertad de sus acciones, de sus palabras y hasta de sus pensamientos. Dejándole Constancio la custodia de Occidente se dirigió á Asia; pero quiso visitar primeramente á Roma, donde entró como triunfador y recibió los serviles homenajes de la antigua capital del mundo. En testimonio de su admiracion quiso contribuir á embellecerla, mandando levantar en el circo el obelisco egipcio que Constantino habia hecho quitar del templo de Heliópolis, y que se alza actualmente en medio de la plaza de San Juan de Letran.

Marchó enseguida contra los cuados, que habian invadido las provincias de Iliria desguarnecidas de tropas desde la sangrienta batalla de Mursa, y los destrozó completamente, forzándoles á celebrar la paz. Supo además mostrarse generoso con ellos, induciendo á solicitar su amistad á muchas tribus. Prometió á los sármatas, que, como ya hemos dicho, habian sido espulsados por los limítrofes, prestarles socorro contra éstos. Efectivamente, los atacó entre el Tibisco y el Danubio; y les obligó á pedir un acomodo, á pesar de hallarse cubiertos por los dos rios, por pantanos y por un valor á toda prueba. Permitiéndoles pasar el Danubio les dió audiencia en un llano, donde se alza actualmente la ciudad de Buda. En el momento en que desde lo alto de su trono desplegaba su escolástica facundia, uno de aquellos bárbaros tira por los aires su calzado lanzando el grito de *¡marha!* es decir, *desconfiad*. Al punto los demás se declararon en tumulto y acometen al emperador, quien con gran trabajo se apodera de un caballo y apela á la fuga. Vengaron el ultraje hecho al emperador el valor y la disciplina; fué esterminada esta horda, y así se restituyó á los sármatas su antiguo territorio.

En esto Sapor, el rey de reyes, el hermano del sol y de la luna, enviaba á decir á Constancio que, como sucesor de Dario Histaspes, podria exigir que se le restituyera todo lo que éste poseia de sus Estados hasta el Estrimon en Macedonia, si bien se contentaria con la Armenia y la Mesopotamia. Habiendo sido rechazada esta proposicion orgullosa, el rey de los persas á instigacion de Antonino, súbdito romano, oriundo de Siria, que habia obtenido su valimiento y confianza, pasó el Tigris (359) con inmensas fuerzas. Proveyeron los romanos á la defensa de la Mesopotamia destruyendo allí los viveres, los forrajes, haciendo desertar las pobla-

ciones, haciendo peligrosos los vados e inundando las llanuras.

Toma de Amida.—Pero guiados los persas por Antonino y por los desertores, se remontaron hacia el nacimiento del Éufrates, y pusieron asedio á Amida. Esta ciudad acreditó en su resistencia un valor admirable, haciendo alarde los enemigos de tanta habilidad como denuedo en la prosecucion del sitio y en los asaltos: al cabo sucumbió, y fué la ciudad inundada de sangre.

No por eso había dejado de perder Sapor debajo de aquellos muros treinta mil veteranos, la estacion más favorable y el primer ardor de las tropas; tornó, pues, á su capital después de un triunfo de que podía gloriarse muy poco. Otra vez salió á campaña por la primavera, y se apoderó de Singara y de Bezabde (360), haciendo prisioneras á cinco legiones romanas, que fueron enviadas en servidumbre á la estremidad de la Persia.

Juliano en las Galias.—Durante este tiempo repelia Juliano á los bárbaros de la Europa. Había invitado el emperador á los francos y á los alemanes á pasar el Rhin y á ocupar todo el país que pudieran someterse. Pero tan luego como se encontraron al otro lado del río, se pusieron á devastar tanto las tierras enemigas como las del imperio. Cuarenta y cinco ciudades, entre cuyo número se contaban Tongres, Colonia, Tréveris, Worms, Espira, Estrasburgo, fueron reducidas á cenizas por aquellos pueblos, constantes en su antiguo odio, contra los recintos murados, y cuyos campamentos á lo largo del Rhin, del Mosela y del Mosa, tenían solo troncos de árboles por trincheras. Estendieron sus conquistas á distancia de cuarenta millas al Occidente del Rhin, y sus devastaciones mucho más lejos, despoblando las campiñas y reduciendo á los que se habían refugiado en las plazas fuertes á vivir con lo poco que podían recoger en el recinto de sus murallas.

Juliano estaba llamado á medirse con aquellas hordas salvajes. Criado al principio en un disimulado cautiverio, luego en medio de las ociosas disputas de las escuelas y en el estudio de los libros, cuando se veía en la necesidad de entregarse á algun ejercicio militar, exclamaba: *¡Platon, Platon, qué ocupaciones para un filósofo!* y cuando cortándose la barba depuso el humilde manto para revestirse las insignias de César, fué para los cortesanos de Constancio un espectáculo no menos risible que desusado. Pero la desgracia y la lectura le habían enseñado virtudes rarísimas entonces, la templanza, la continencia, la afición al trabajo, el desprecio del lujo. Su traje no se diferenciaba del de los soldados: su lecho era una simple alfombra tendida en el suelo, y se levantaba á media noche para despachar negocios ó consagrar algunos momentos á sus estudios favoritos. Servíale la elocuencia que había aprendido de los retóricos para calmar ó dirigir las pasiones de los soldados y las nociones de justicia que había adquirido en las pláticas con los sofistas para desembrollar los asun-

tos contenciosos más complicados, aunque era poco versado en la jurisprudencia. Juntaba á estas cualidades el arte de escoger bien sus consejeros, y una confiada docilidad en seguir sus pareceres.

Sufrió el invierno riguroso de las Galias con la constancia de un veterano, y cuando llegó al campamento de Reims á través de numerosos peligros, animó el valor de las legiones, que se pusieron en marcha bajo sus órdenes con una confianza que tenía mucho de temeridad. Informados de su aproximación los alemanes las sorprendieron y las pusieron en derrota; pero tomando nuevamente á poco los romanos la ofensiva, los repelieron hasta el Rhin en medio del espectáculo desolador de arruinadas chozas y de taladas campiñas. En medio de esos reiterados encuentros con los alemanes, que, uniendo el valor nativo á la disciplina á que se habían habituado combatiendo en pro ó en contra de los romanos, habían llegado hasta á acometerlos en sus cuarteles, Juliano demostró que se podía manejar muy bien la espada con los dedos todavía manchados de tinta.

No le seguiremos paso á paso durante el curso de esta larga guerra, en que habiendo acabado Juliano por espulsar de las provincias del alto Rhin los alemanes, se dirigió contra los francos, cuyo denuedo todavía más formidable, les servía menos para hacer botín que para ejercitar la actividad natural que les arrastraba irremisiblemente á la guerra. Después de haberse defendido obstinadamente seiscientos de ellos en dos castillos á orillas del Mosa hubieron de rendirse prisioneros; y como hasta entonces habían preferido la muerte á la servidumbre, Constancio celebró con este motivo un gran triunfo, haciéndolos alistar entre sus guardias domésticas, en medio de los cuales descollaban como torres entre edificios menores. Separando Juliano unos de otros sus diversos destacamentos con la rapidez de sus marchas, consiguió espulsarlos de las Galias después de una memorable victoria cerca de Estrasburgo (357). Hasta tres veces pasó el Rhin, y condujo las legiones romanas á destruir en guerra abierta las aldeas que habían construido los germanos á imitación de los países civilizados. Les dictó las condiciones de la paz, y sacó de aquellas comarcas veinte mil prisioneros que allí habían sido llevados. Por otra parte, sus lugartenientes reprimieron en la Bretaña á los pictos y á los caledonios, que en esta época se hallan designados por la vez primera con el nombre de escotos (1).

Entonces se dedicó á cicatrizar las llagas de la guerra, tornando á alzar las ciudades de la Galia, haciendo construir allí fuertes con los materiales

(1) Por Amiano Marcelino. Pero San Gerónimo en la *Ep. in Ctesiph.* cita un pasaje de Porfirio que traduce y se explica de este modo: «Ni la Bretaña fértil en tiranos, ni las naciones escocesas, ni los bárbaros de aquellos alrededores, hasta el Océano han reconocido jamás á Moisés ni á los profetas.»

que los germanos se habían obligado á suministrarle, trabajando tanto las legiones como los auxiliares. Proporcionáronle los abetos de las Ardenas la madera necesaria para la construcción de seiscientas barcas, que envió á las islas y á las costas por grano con que alimentar los hambrientos países del Mediterráneo. Después en sus ocios del invierno deponiendo el carácter de capitán y revistiéndose con el de magistrado, que le cuadraba mejor, juzgaba acerca de las diferencias ante él alegadas, hacia florecer nuevamente el comercio y la industria, y volvía á poner en uso las antiguas fiestas. Tornaban á ingresar los principales habitantes del país en las curias; construyéronse baños, acueductos, anfiteatros: *Su querido Paris* (2) en donde establecía sus cuarteles de invierno, iba creciendo en importancia, y esta ciudad con su aspecto, con sus sencillas costumbres y el valor de sus habitantes, aunque manchada con la intemperancia, ofrecía al príncipe filósofo un vivo contraste con las costumbres afeminadas de las ciudades de Siria.

Juliano era mal secundado por Constancio, que avaro con los soldados del oro que prometía á los bárbaros de buen grado, exigía siempre los mismos impuestos de las provincias esquilmadas por la guerra. Juliano no podía hacer más que protestar y lastimarse de los males á que hubiese querido aplicar remedio. Entre tanto en la corte imperial los bufones, esta turba de todas épocas, ponían en ridículo al soldado filósofo, sus modales de mal tono, su manera estraña de vestirse, comparándole á un mono, á un topo, á un macho cabrío, y parodiando sus gustos literarios (3). Pero cuando sus victorias no permitieron ya las burlas, y cuando el título que se le había dado de Victorino, demostró

(2) Τὴν χιλίην Λευκίτιον.—Se llama Lutecia la pequeña capital de los parisios, que ocupa un islote rodeado de muros, cuyo pie baña el río. Se entra allí por dos lados á través de puentes de madera. Rara vez varía la altura del río por efecto de las lluvias del invierno ó por las sequías del estío, y sus aguas son tan excelentes para beber como agradables á la vista. Sería difícil que tuviera otras hallándose situada la ciudad en una isla. No es allí riguroso el invierno, merced al Océano, que apenas dista novecientos estadios, y puede enviar allí sus exhalaciones propicias para templar el clima. Hay allí buenos viñedos y hasta higueras, mediante el cuidado que se tiene de cubrirlas con paja en el invierno y de ponerlas á cubierto del aire. JULIANO, *Misopogon*.

(3) Omnes qui plus poterant in palatio, adulandi professores jam docti, recte consulta, prospereque completa vertebant in deridiculum; talia sine modo strepentes insulse, in odium venit cum victoriis suis; capella non homo, ut hirsutum Julianum carpentes, appellantesque loquacem talpam, et purpuratam simiam, et litterionem græcum; et his congruentia plurima atque vernacula principi resonantes, audire hæc taliaque gestienti, virtutes ejus obruere verbis impudentibus conabantur, ut regnem incessentes, et timidum, et umbratilem, gestaque secus verbis contortibus exornantem. AMIANO MARCELINO, XVIII, 11, que como soldado fué testigo de la mayor parte de los hechos que narra.

su mérito, mientras querían disminuirlo, las burlas, se cambiaron en envidias. Exageraron los cortesanos y los eunucos sus proezas, á fin de inducir á Constancio á temerle como á un rival perturbador de la paz pública. Eran llamados aquellos que manifestaban adhesión á Juliano: de este número era Salustio, general hábil y excelente hombre de consejo. Aun se hubiera procedido de peor manera si la emperatriz Eusebia no hubiera atenuado algo el efecto producido por las pérfidas sugestiones de los eunucos. Todo el mérito de las victorias alcanzadas por Juliano, y cuya noticia fué anunciada á las provincias con cartas coronadas, segun la costumbre del tiempo, fué atribuida al emperador, como se practica en las monarquías absolutas; ni aun siquiera se hizo mención de Juliano, de lo cual debió sentirse ofendidísimo éste, por no constarse la humildad entre el número de sus virtudes.

Pareciendo que la tranquilidad se hallaba restablecida en las Galias, á la par que crecía el peligro en Oriente, Constancio tomó ocasion de esto para retirar á Juliano las tropas que le eran adictas por sus triunfos. Ordenó, pues, que los cuatro cuerpos de los celtas, de los petulantes, de los hérulos y de los bátavos, reunidos á los trescientos soldados más valientes de cada una de las legiones que quedaban todavía, se dirigieran á toda prisa á la frontera de Persia. Habíase enganchado un gran número de voluntarios en estos cuerpos bajo la condicion de no pasar nunca los Alpes, y el pensamiento de defender la gloria del nombre romano no era á propósito para conmover el corazón de los soldados bárbaros. Poseídos de afecto hacia Juliano, y mirando con disgusto una marcha larga y desastrosa, y una campaña en tierras desconocidas y contra enemigos nuevos *¿Qué nos importa decian, defender países ántanos y desconocidos, mientras dejamos sin proteccion nuestra patria, en que renovarán los germanos sus estragos de costumbre?* Hasta tal punto subieron las murmuraciones que Juliano titubeó en prestar obediencia temiendo tambien por su propia seguridad. Viendo, no obstante, que no podía retardarse más sin que se declarara en rebelion abierta, fingió conformarse con la orden recibida, y dispuso que se pusiera en marcha parte de las tropas designadas (360).

Rebelion de Juliano.—Pero mandó repartir subrepticamente en las filas folletos, en que reproducía y exageraba cuanto en el orden imperial podía ofender á los soldados. Allí se ponían en oposicion sus virtudes con los vicios de Constancio, sobre quien se hacia recaer toda la odiosidad de la medida; á la par que el César recogia todas las alabanzas por el esmero con que procuraba suavizarla en cuanto podia, suministrando á los soldados forzados á espatriarse, carros para trasportar á sus mujeres y á sus hijos. Juliano salió de Paris para salir á su encuentro, y llamando por su nombre á los más valientes, dirigió á todos consuelos y hábiles alabanzas. Dió banquetes á los oficiales manifestándoles la amistad de un camarada, y

el deseo de recompensarles así que pudiese; pero, añadía, *ahora os alejáis de mí para obtener el insigne honor de servir á las órdenes del gran monarca romano*. En suma, les escitó de tal modo, que se pronunciaron en rebeldía; este era el único camino que les quedaba espedito para no abandonar la patria ni á su caudillo.

Proclamaron á Juliano agosto, y éi para coonestar su infidelidad con la excusa de la violencia se mantuvo encerrado cuanto le fué posible; y solo después de haber desechado por largo tiempo las súplicas y las amenazas, y, fingiendo verse reducido á escoger á pesar suyo entre la necesidad de morir como rebelde y la de reinar, optó por este último partido. Entonces fué levantado sobre el pavés en medio de universales aplausos.

Juliano en sus escritos jura por Júpiter, por el Sol, por Marte, por Minerva, por todos los dioses, que no tuvo la menor idea de la conjuración; otros aseguran que permaneció sinceramente firme en su negativa hasta el momento en que agobiado de sueño, se le apareció el genio del imperio estrechándole con instancia á abrir su puerta y reconvinéndole por su falta de denuedo. Despertándose entonces se encomendó á Júpiter en lo íntimo de su corazón, y el dios le mandó por un manifiesto augurio resignarse á la voluntad de Dios y del ejército (4).

Cada cual creará de esto lo que le parezca: el hecho es que distribuyó cinco monedas de oro y una libra de plata á los soldados autores de aquella violencia. Luego, una vez tirado el dado, hubo de poner por obra todos los medios para sostenerse; refrenar el ardor de los soldados, desbaratar los planes de sus enemigos, evitar la guerra civil ó hacer de modo que saliera vencedor de ella. Entre tanto escribió á Constancio tanto á su nombre como á nombre del ejército, pidiéndole con una respetuosa firmeza que le confirmara el título de agosto, y haciéndole comprender los motivos del resentimiento de las legiones. En el caso en que le cediera de buen grado las provincias situadas más allá de los Alpes le prometía mirarle como superior suyo, enviarle cada año cierto número de soldados, recibir de su autoridad el prefecto del pretorio y no llevar las cosas más lejos (5).

Sus despachos llegaron muy tarde á Cesarea en Capadocia, y el emperador respondió con una desdeñosa negativa, diciendo: *Si Juliano quiere*

(4) *Carta á los atenienses*. Y en otro sitio: «El sol, á quien dirigía yo principalmente mis plegarias, y el gran Júpiter, saben que lejos de desear yo la muerte de Constancio, hacia votos por su conservación. Solo me puse en marcha por obedecer á la voluntad de los dioses, que me anunciaban toda clase de prosperidad si iba adelante, y los mayores infortunios si me estaba quieto.»

(5) Amiano Marcelino dice que á estas condiciones añadía otra particular, tan injuriosa, que no merece ser mencionada en la historia.

volver á mi gracia renuncie al nombre y á la dignidad de Augusto, entregue el ejército á los oficiales enviados al efecto y abandónese á mi clemencia.

El ejército, á quien no dejó de comunicar Juliano aquella orgullosa respuesta, le exhortó con un grito unánime á que conservara la categoría suprema. Aprestóse, pues, á la guerra, *confiando en los dioses inmortales*.

Constancio, que tenía empleadas todas sus fuerzas contra los persas vencedores, se vió obligado á solicitar á los bárbaros para invadir las provincias de Occidente. Estos habian experimentado de nuevo el valor de Juliano, que habiendo reunido las numerosas bandas errantes desde la derrota de Magnencio, y organizando su ejército perfectamente, quiso prevenir todo movimiento hostil ocupando la Iliria, que proveyó de hombres y dinero. Recurre entonces á esas rápidas marchas que espantan á los más valientes y arrastran á los irresolutos; espide una columna á través de la Retia, otra á la Iliria; pasando el mismo la Selva Negra con un valor que el buen éxito absuelve de la censura de temeridad, se presenta delante de Sirmio. De día en día vé aumentarse sus fuerzas; porque la Iliria, la Italia, la Grecia le tributan sucesivamente homenaje: atraviesa entonces el monte Hemo y se adelanta sobre Adrianópolis. Pero como tenía la opinion en mucho, escribió á las diferentes ciudades para justificarse, afirmando siempre que solo obra por impulso de la divinidad.

Muerte de Constancio II.—Tan luego como la retirada de Sapor se lo consintiera, se dirigió Constancio á Europa, afectando despreciar la rebelión de su ingrato primo. Pero una lenta fiebre agotó sus fuerzas y exhaló el último suspiro (9 de noviembre de 361) en Mopsucrene al pié del Tauro, á la edad de cuarenta y cinco años y después de haber reinado veinte y cuatro. ¡Ya habia anunciado Apolo á Juliano esta muerte que evitó una guerra civil!

Constancio ha sido encomiado y denigrado hasta el esceso, como acontece en el ardor de las facciones. Acreditó veneración hácia su padre, gratitud á todos los que le prestaron algunos servicios, grandes ó pequeños: construyó muchas iglesias y enriqueció otras: fué fiel á sus mujeres. Aguerido en las fatigas militares dormía poco y comía con sobriedad; por último dió pruebas de valor personal, tanto durante la guerra sin descanso que hizo á los persas como en sus expediciones contra los bárbaros de Occidente. Sin embargo, se atribuía en su orgullo el mérito de todos los triunfos alcanzados por sus generales, en lo cual era secundado por los aduladores con que habia llenado su córte, únicos depositarios de su confianza, señal evidente de vanidad y de flaqueza. Merced á sus artificios todo el que tenía un mérito sólido fué perseguido ó temido. Se daban los gobiernos á costa de dinero, y se permitía al funcionario nombrado indemnizarse con los haberes de sus súbditos del sacrificio que habia hecho para conseguir

el mando. Aquella turba de aduladores agriaba en gran manera su carácter, naturalmente receloso, haciéndole ver en todas partes conspiraciones, que castigaba con una crueldad ciega é implacable. En vez de procurar hacerse grato al pueblo permanecía siempre elevado, y parecia en público una estatua, sin hacer un movimiento ó un gesto que pudiese romper la fascinación de la real magestad (6). Fundó una biblioteca en Constantinopla, y mandó erigir una estatua al retórico Temistio en recompensa de un panegirico; por lo demás aborrecía ó temía á los hombres de saber. Confundía á los filósofos con los magos, de tal manera que la jurisprudencia no era ya cultivada más que por los libertos. En punto á elocuencia, los discursos que ponen los historiadores en boca de Constancio, ya sean obra suya, ó no le pertenezcan realmente, atestiguan hasta que punto habia degenerado aquella.

Leyes.—Promulgó gran número de leyes de acuerdo con sus hermanos, y después solo en su nombre. Una de ellas castigó los pecados contra la naturaleza; otras los matrimonios incestuosos: muchas tuvieron por objeto vigorizar las instituciones municipales. Prohibió bajo pena de muerte sacrificar á los ídolos y adorarlos; consultar á los augures, á los magos, á los astrólogos, contra los cuales pronunció los más severos castigos, sobre todo contra los que turbaban los elementos, atentaban á la vida ó evocaban á los muertos. Prohibió asimismo á los soldados y los palatinos asistir á los juegos de los gladiadores (7).

Enemigo activo del paganismo, respetuoso para con el clero, hasta el punto de solicitar humildemente la bendición de los obispos, de convidarles á su mesa, de eximirles de todo tributo y de las contribuciones comerciales, á ellos, sus hijos y esclavos (8), se le tacha no obstante con razon de haberse mezclado en las crueles disensiones de la Iglesia. Continuando la guerra entre los arrianos y católicos, procuraba el partido que habia sucumbido en Nicea, encontrar apoyo para la debilidad de su causa en los emperadores, al paso que ostentaban los católicos su confianza en la verdad, haciendo frente á los mismos soberanos y disputándoles el derecho de resolver sobre todo aquello que es asunto de conciencia. Recelosos los príncipes del poder concedido á la Iglesia por Constantino, estaban más inclinados á sostener la facción que les invocaba en su auxilio; Constancio persiguió á los obispos católicos, y sobre todo á Atanasio.

San Atanasio.—Puede asegurarse que la mejor doctrina estaba personificada en este gran hombre, cuya palabra contribuyó más al triunfo del cristianismo que todo el poder de Constantino; siendo

(6) AMIANO MARCELINO, XVI.

(7) Cod. Teod., de maleficiis., de gladiatoribus...

(8) Cod. Teod., de pag Ath.

tanto el celo que desplegó para sostenerlo, como el encarnizamiento que sus adversarios emplearon en contra suya. El mérito, medio seguro en tiempo de revoluciones y peligros, lo elevó con rapidez á la silla episcopal de Alejandria; y en el espacio de cuarenta y seis años que la ocupó, no desmayó nunca su ardor ante la herejía armada de sutilezas escolásticas y sostenida por el poder imperial. El era quien desde su destierro y desde el fondo del oscuro asilo donde estaba oculto, aunque rodeado de asechanzas, hacia temblar á sus enemigos. De pequeña estatura, aunque magestuosa, ostentaba en su semblante la tranquilidad de su alma; su elocuencia inculta pero vigorosa, estaba llena de brillantes rasgos y llegaba al fin con una rara precisión. Dotado de un entendimiento recto y despejado, de sentimientos generosos y de un sereno valor, no hablaba por arrojo, sino á consecuencia de la reflexion, racionalmente y con una sencillez noble, haciéndose respetar por sus severas costumbres y amar por la afabilidad de su trato. Habíale instruido el estudio en las ciencias profanas y sagradas, la esperiencia, en el conocimiento de los negocios; habiéndole enseñado su adversidad á encontrar pronto recursos en las más desesperadas circunstancias. Sufrido en las fatigas, impávido en las contrariedades de la fortuna, y ante la autoridad de los poderosos, conociendo mucho á los hombres y lo que les hace obrar, siempre el mismo, ora en las soledades de la Tebaida, ora en los palacios de Constantinopla, supo resistir á los esfuerzos conjurados del mundo, y llevar en persona á casi todas las provincias del imperio, las pruebas de sus doctrinas y de su intachable celo.

Reuniéronse muchos concilios con el objeto de poner fin á las disensiones que afligian á la Iglesia, pronunciando de nuevo los padres en el de Antioquia una sentencia contra la herejía (339), pero no bien estuvieron lejos los obispos ortodoxos, cuando los que eran arrianos continuaron sus sesiones y condenaron á Atanasio, quien para apaciguar este furor y con el fin de ganar tiempo, recurrió á la fuga. Refugiado en Roma, centró de la verdadera fé, desde donde escribió á todos sus hermanos, denunciándoles las afrentas hechas á la Iglesia y á él mismo, comparándose en esto al levita de Efraim, quien envió á las doce tribus de Israel los sangrientos despojos de su ultrajada esposa.

En efecto, sostenidos los arrianos por la fuerza y por la muchedumbre de aquellos cuyo pensamiento sigue con docilidad el impulso de la fuerza, levantaban en todas partes la cabeza con orgullo, y se entregaban á toda clase de violencias. En Alejandria, en donde un intruso habia substituido á Atanasio, depuesto por los disidentes de Antioquia, invadieron las iglesias profanando los vasos sagrados y las vírgenes del Señor, destruyendo los libros y los ornamentos y derramando sangre inocente. En Constantinopla eligen los arrianos obispo á Macedonio, y los católicos á Pablo. Quiere Constancio arrojar á este último, pero la multitud le de-

fiende; y viendo que le arrastran á la fuerza, rechaza á los soldados y hace una matanza. Entonces Constancio, á quien se aplacó con trabajo, redujo á la mitad los ochenta mil modios de trigo que diariamente se distribuían á los pobres.

Los mismos arrianos no estaban ligados por una misma opinión y aunque rechazaban toda la consustancialidad, ponían unos entre el Padre y el Hijo la distancia insuperable que existe entre el Criador y la criatura; y admitían otros que el poder de Dios había logrado comunicar á su primogénito sus perfecciones infinitas; algunos de ellos los hacían semejantes en sustancia, no en naturaleza. Resultó de aquí que nacieron innumerables variedades en el tronco arriano, y que se inventaron cien nombres, sin que realmente hubiera diferencia en las cosas.

A la par que el génio griego ejercitaba su argucia en sutilísimas distinciones á que se prestaban su lenguaje y la antigua costumbre de las controversias filosóficas, los occidentales, por el contrario, cuyo idioma se adaptaba mal á las sutilezas, acreditaban en su buen sentido práctico y en su respeto al pontífice, poco afanoso fervor por ideas que repugnaban igualmente á la sumisión del fiel y á la duda del filósofo; pero por estos motivos corrían riesgo de descarriarse, y se descarriaron efectivamente.

Viendo el papa diferentes fórmulas de fé propuestas en diferentes sínodos particulares, sin que hubiera concordancia alguna entre ellas, convocó un concilio en Sárdica, donde se reunieron los obispos de treinta y cinco provincias. Atanasio se presentó allí para desvanecer las calumnias dirigidas en contra suya. Poseídos de asombro sus adversarios y temiendo su fuerza recurrieron á chismes para no intervenir en nada: fué, pues, absuelto y se reprobó á los arrianos condenándose sus doctrinas. Pero no hubo reconciliación ninguna y se notó más absoluta que nunca la división entre el Oriente y el Occidente; acabando los salmos allí por: *Gloria al Padre en el Hijo y en el Espíritu Santo*; á la par que se cantaba aquí: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*; siendo por un lado execrado Atanasio y venerado por otro como santo. No obstante, en la disputa que en medio de esta lucha se originó acerca del privado, fué un gran paso el establecer que la apelación se llevase siempre á la iglesia de Roma (9).

(9) En las obras inéditas que el cardenal May sacó de la Biblioteca Vaticana, se encuentra una importante confesión de la supremacía del obispo de Roma, hecha por un patriarca griego medio siglo antes que el cisma. Defendiendo éste las imágenes sagradas, combatidas entonces por Constantino Coprónimo, dice que el error de los iconoclastas no podía tener excusa más que por ignorancia antes del sínodo de Nicea. «Este fué reunido muy á propósito y con toda legitimidad; porque según las antiguas reglas divinas establecidas ocupaba el primer lugar y presidía una gran

Apenas habían ascendido al trono los tres hijos de Constantino, cuando se hallaron envueltos en estas sectas, convertidas en partidos políticos inmediatamente. Constante escribía á su hermano Constancio: *Imitemos la tolerancia y la piedad de nuestro padre, que son la mejor parte de su herencia y el verdadero fundamento de su poderio*. Pero éste acosado por el eunuco Eusebio, que era arriano, quiso interponer en el debate la autoridad de sus decretos; y después de haber reconocido por sí mismo la inocencia de Atanasio en Constantinopla, ordenó á los Padres reunidos en concilio en Milan (355) que le declararan culpable, diciéndoles: *Lo que yo quiero debe ser*. Los obispos de Siria encuentran esta pretensión justa. Aquellos que resistieron á la violencia y al soborno (10), fueron castigados sin miramiento alguno en sus personas, ó desterrados á Arabia, á la Tebáida, á los valles del Tauro; pero en su destierro propagaban la buena doctrina, y escitaban horror contra la opinión perseguidora.

Como el papa Liberio mantenía la decisión del concilio de Nicea y la inocencia del prelado, Constancio, ó más bien sus eunucos, se empeñaron en perseguirle. Preso de noche fué trasladado á Milan, y luego confinado á Berea en la Tracia; pero nada pudo hacerle cambiar de resolución. Cuando el emperador le envió dinero para sus gastos, respondió de este modo: *Devolved eso á vuestro amo, pues lo necesitará para pagar á sus soldados y comprar á sus obispos* (11).

En todas partes había violencias. Según el texto de los decretos imperiales, todo el que sostenía la

parte del supremo clero occidental, esto es, de la antigua Roma; sin lo cual ningún dogma que en la Iglesia se examine, aunque esté admitido ya por decretos canónicos y por costumbre sacerdotal, se considerará como aprobado y definido absoluta y prácticamente. Porque aquella iglesia tiene el primado del sacerdocio, y conserva esta dignidad como transmitida á ella por los dos jefes de los Apóstoles. Συγκροτήτο γὰρ τοῦτο μάλιστα ἐνδικῶς καὶ ἐνωμιότατα, ἐπεὶ περὶ ἡδὴ, κατὰ τοὺς ἀρχαίους πεποιημένους δεσμούς, δεσμοὺς προήγαγε κατ' αὐτὴν καὶ προήδρυσεν, ὅσον τε τῆς ἐσπερίας λήξεως ἤτοι τῆς πρεσβυτερος Ρώμης μέρος εἶναι ἄσκημον, ὡν ἄνευ, οὐδὲν δόγμα κατὰ τὴν Ἐκκλησίαν κινούμενον, δεσμοῖς κανονικοῖς καὶ ἱερατικοῖς ἔθετι νενομισμένον ἄνωθεν, τὴν δοκιμασίαν οὐ σφίση, ἢ δέξαιτ' ἂν ποτε τὴν περὶ αὐτῶν, ὡς δὲ λαχόντων κατὰ τὴν ἱερωσύνην ἐξάρχειν, καὶ τῶν κορυφαίων ἐξ ἀποστόλων ἐγκειρισμένων τῷ ἀξίωμα.

(10) San Hilario dice con este motivo á Constantino, que *non dorsa cadit, sed ventrem palpat*. Contra Const., cap. 5.

(11) También Pío VII, despojado por Napoleon, escribía en su protesta de 10 de junio de mil ochocientos nueve. «Rehusamos con voluntad firme y decidida, toda asignación que el emperador de los franceses entienda fijar, ora á nos, ora al sacro colegio. Nos cubriríamos de oprobio á los ojos de la Iglesia, si hiciéramos depender nuestra subsistencia de la mano del que ha usurpado sus bienes.»

palabra *consustancial*, era expulsado de la ciudad, marcado en la frente, y confiscados todos sus bienes. Se prohibió á los católicos comunicarse con los arrianos bajo las penas más severas. Para estos fueron las iglesias y las dotaciones públicas. Se combatía en Roma por la consustancialidad, como en otros tiempos por los derechos del pueblo; y los soldados, malos apóstoles de la verdad que no conocían más armas que la persuasión (ATANASIO) pretendían imponer la fe que debía seguirse. En Alejandría (356) se sublevaron armados los arrianos contra Atanasio, reclamándole á grandes gritos, amenazando con reducir al hambre á la ciudad y con destruirla, donde cometieron la más indigna devastación de las cosas santas. Muchas personas fueron muertas, y las mujeres arrianas se entregaron, respecto de los fieles, á los ultrajes más innobles y repugnantes. «Era de noche (tal es la narración del santo), y el pueblo velaba en la iglesia, aguardando la fiesta del día siguiente. Súbito aparece Siriano con más de cinco mil soldados con las espadas desnudas, con arcos, flechas y picas, á quienes sitúa en rededor de la iglesia. No creyendo justo abandonar mi pueblo en circunstancias tan graves, y prefiriendo exponerme antes que nadie al peligro, me senté en la cátedra, é hice leer al diácono el salmo *La misericordia de Dios es grande en los siglos*, diciendo al pueblo que respondiera y se retirara luego. Habiéndose lanzado en tanto el capitán al templo, y asediando los soldados por todas partes el santuario para apoderarse de mi persona, me rodearon en tropel el pueblo y el clero, suplicándome que huyera. Me niego á ello, y les digo que no huiría hasta que les viera seguros. Levantándome entonces después de haber orado al Señor, les conjuro á que se retiren diciendo: *Quiero mejor correr solo el peligro que ver maltratados á algunos de vosotros*. Como muchos habían ya salido y los demás se preparaban á seguirles, subieron á donde yo estaba muchos monjes y sacerdotes, y me arrastraron en pos de ellos; de modo que, (pongo por testigo á la verdad suprema) á pesar de la muchedumbre de soldados que nos cercaba, escapé, por la gracia de Dios, sin ser visto, glorificando al Señor, que no había entregado á mi pueblo, sino que le había puesto en seguridad antes de libertarme de las manos que querían apoderarse de mi persona.»

Destierro de Atanasio.—Seis años permaneció oculto entre las ruinas de las ciudades á que se daba ya el nombre de antiguas, y en medio de desiertos poblados por una multitud silenciosa y ferviente, consagrada en un todo á los padecimientos del martirio. Edictos, precio á su cabeza, soldados, espías, se emplearon contra el obispo perseguido (12),

(12) *Hinc jam toto orbe profugus Athanasius, nec ullus ei tutus ad latendum supererat locus. Tribuni, praefecti, comites, exercitus quoque ad pervestigandum eum moventur*

y la persecución se extendió por todo el Egipto y la Libia con un encarnizamiento que hacía parecer suaves los perseguidores idólatras. Suplantaban á los prelados fieles, jóvenes sacerdotes díscolos y fastuosos, profanábanse las cosas santas, pero cuando los perseguidores penetraron en las ermitas, el anacoreta se resignaba á los golpes y á los tormentos, más bien que revelar el retiro del Santo.

Es difícil depurar la verdad de las discordes narraciones escritas por la pasión y que no penetran hasta el fondo de las cosas. En opinión de los escritores eclesiásticos, la mayor parte de los obispos arrianos eran inébiles, péfidos, falsarios y asesinos. ¿Pero cual era el motivo de esa aversión general hacia Atanasio? ¿Porqué los emperadores perseguían tan encarnizadamente á los ortodoxos y favorecían el arrianismo? Las narraciones no nos dan otra más que el odio contra Atanasio: los concilios se consumen en disputas sobre los sacrilegios y homicidios: muertes de personas que después aparecían enteras y sanas; estupro de mujeres malas á quienes se convencía con una sola palabra.

Del examen de aquellos procedimientos aparece sin embargo que los arrianos se inclinaban al orden antiguo: eran políticos, cuerdos, humanos, sociales; querían los ortodoxos la innovación del dogma y de la gerarquía; repudiaban la ingerencia del emperador en las cosas sagradas, é introducían la vida en común, esto es, sostenían el poder absoluto de la Iglesia.

Eran, pues, gérmenes de futuros y lejanos acontecimientos; era por una parte una tentativa de conciliación del cristianismo con la filosofía, y por otra el propósito de separarlo de ésta; y de aquí un ardiente afán de reducir á Cristo á la forma del culto de los héroes, y los grandes esfuerzos que se hacían por otro para someter ideas ya desarrolladas y arrastrarlas en la corriente de la vida. Surgió en suma la lucha del imperio con el sacerdocio, el cual se consolidó entonces en el papado; la envidia del Oriente contra el Occidente que había abrazado la causa de Atanasio. Los arrianos aborrecían á éste que introducía en la Iglesia nuevos rigores con la vida monástica; el emperador lo miraba como un jefe que separaba el Egipto del cesar y tal vez la Iglesia, y enseñaba á esta los derechos, y que el imperio no pertenece á un hombre, sino á Dios, que podía privarle de él.

Había nacido, pues, algo nuevo en el mundo romano: el estandarte de la Iglesia que se había desplegado al frente del reino de la tierra. La Iglesia proclama una autoridad superior á las humanas, y de la cual emana únicamente el derecho de éstas: el cesar responde con la espada, pero los eclesiás-

edictis imperialibus; premia delatoribus proponuntur, si quis eum vicum, si id minus, caput certe Athanasii detulisset. RUFINO, I, 5.

ticos esperan impertérritos el golpe. Por esto Atanasio es sostenido por el pueblo, por su representante que es el pontífice, y por los monjes que introdujo en Occidente, donde al principio eran desconocidos.

Mientras vivió Constancio permaneció oculto, aunque no inactivo. Admiraba la vida de los anacoretas, que seguían el ejemplo de Antonio, muerto había pocos años, y de Hilarión todavía vivo: mantenía una correspondencia no interrumpida con los que le eran adictos, y á veces para alentarlos se aventuraba á presentarse en las ciudades y los concilios. Además redactaba exhortaciones, apologías, anatemas, que en breve eran transcritos y distribuidos por cientos manos; y de este modo la voz del solitario invisible resonaba prepotente en el mundo.

Anciano admirable, que juntaba á la sencilla persuasión de los apóstoles la sagacidad política, sabía cómo se dirige y se hace vivir un gran partido. Conociendo que le necesita el suyo no aspira al martirio, sino á la victoria; se retira cuando ruge la tormenta, aunque para reaparecer en breve, armado del vigor adquirido en la soledad y en la persecución. ¡Cuanto poder de palabra, cuanto arte en el ataque y en la defensa, qué fuerza de voluntad no hubo de necesitar para combatir toda su vida contra los paganos, los sectarios, los obispos celosos de su gloria, los emperadores ofendidos de su tranquila independencia, acabando siempre, sin más autoridad que la de palabra, por triunfar de los anatemas de los concilios, de los decretos de corte, de las emboscadas de los sicarios, de los levantamientos populares, del abandono de sus amigos; por ganar á la verdad pueblos, obispos, soberanos, y morir venerado en la sede de que había sido cinco veces expulsado!

Entretanto los fieles, privados de sus pastores, con la conciencia incierta, sometidos á obispos desconocidos y en cuya elección no habían tenido parte, elevaban unánimes quejas. Cuando Constancio fué á Roma, compareció en su presencia una diputación de nobles matronas magníficamente ataviadas, para suplicarle que restituyera á Liberio á su sede, habiendo quedado desiertas las iglesias desde que Felix le había substituido. Declaró el emperador que consentía en ello con tal de que Liberio se adhiriera á la opinión de los obispos; pero cuando esta concesión fué proclamada en el circo, el pueblo, que no había olvidado en Italia la oposición republicana, la recibió con alaridos, diciendo que se querían tener en la Iglesia dos facciones como en el anfiteatro, y gritando: ¡Un sólo Dios, un sólo Cristo, un sólo obispo!

Concilio de Rimini. —A pesar de todo, los artificios habituales de los prelados griegos prevalecieron en el concilio de Rimini (359), donde cuatrocientos obispos fueron inducidos á subscribir una fórmula de fe, condenando á todo el que dijera que el Hijo de Dios es una criatura igual á las demás. Bajo la apariencia de la verdad resultaba impli-

citamente de esta proposición que, aun no siendo igual á las demás, Cristo era criatura.

Error del Papa Liberio.—Pero el papa Liberio no había sabido resistir á la persecución continua, y en un instante de debilidad había suscrito, para ser restablecido en su sede, un símbolo en el sentido arriano, ó más bien la condena de Atanasio (358). No hay hecho más conocido que el *error de Liberio*, ni que se haya repetido con más frecuencia por los adversarios de la infalibilidad del papa. Pero aun admitiendo este hecho como verdadero (13), no prueba nada contra ésta, por no haber pronunciado aquel papa *ex cathedra* ni en el ejercicio de su libre voluntad; tanto más cuanto que apenas restablecido en su silla, se retractó del error en que había incurrido antes de tornar á ascender á ella (14).

Entonces se pudo considerar como inminente la caída de la fe de Nicea: si se hubiese equivocado un concilio general, las promesas de Cristo hubieran sido falsas y San Jerónimo pudo decir que el mundo se asombró de verse todo arriano. Era verdaderamente para Atanasio caso para desesperarse: el emperador alegaba veinte años en la duración de esta opinión, de modo que no podía tacharse de nueva: el papa se había adherido á ella y no se trataba de saber porqué lo hizo, ni si se retractó al momento. Pero Atanasio sale del retiro de siete años y no obra como asustado: no se precipita contra los prevaricadores, sino contra la fuerza que los extraviaba. Pronto los Padres engañados protestan contra el error; y en el concilio de Alejandría queda reintegrada la doctrina católica, recibiendo á los extraviados arrepentidos (362).

En vez de poner coto á tantas disputas las fomentaba Constancio. A la par que este príncipe reunía concilios, formulaba símbolos, y, muy lejos de consolidar la fe, perturbaba por curiosidad y por afición á las controversias sofisticas á la Iglesia de que pretendía hacerse árbitro, dejaba expuesto el imperio á graves peligros, cuando parecía que ya presagiaban su ruina desastres naturales. Con efecto hubo especialmente bajo su reinado muchos terremotos que sepultaron ó destruyeron ciudades enteras, como Durazo, Berito, Nicomedia y otras cincuenta en el Ponto y en la Ma-

(13) Este hecho se halla negado en una disertación sobre el papa Liberio, en la cual se demuestra que nunca cayó en el error. Paris, 1726; así como en la *Dissertatio de com- mentitio Liberii lapsu*. FR. ANT. ZACHARÆ *Thes. theolog.* Venecia, 1762, II, pág. 580.

(14) San Atanasio fué el primero á disculparle; *Liberium post exactum in exilio biennium, inflexum minisque mortis ad subscriptionem contra Athanasium inductum fuisse. Verum illud ipsum, et eorum violentiam, et Liberii in hæresim odium, suum pro Athanasio suffragium, quum liberos effectus haberet, satis coarguit... Que enim per tormenta contra priorem ejus sententiam extorta sunt, ea jam non metuentium, sed cogentium voluntates habenda sunt.*

cedonia. Cuéntase que en el momento de morir Constancio manifestaba sentimiento por tres cosas: primera, por haber hecho morir á sus parientes; segunda, por haber contribuido á la eleva-

ción de Juliano; tercera, por haber favorecido á los arrianos. No obstante un arriano fué el que le administró el bautismo en sus últimos momentos.